



SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

predicado en Granada á las
Comunidades.

*Stultitiâ gaudium stulto, et vir prudens
dirigit gressus suos. Prov. XV. 21.*

¡Qué diferencia, gravísimos prela-
dos, sabios maestros, congreso ilus-
tre, qué diferencia tan notable entre
la conducta de los hijos de Dios y
la de los del siglo! Abandonados es-
tos á un sentido réprobo, colocan
sus delicias en la necia vanidad de
las cosas terrenas, como si no hu-
biera mas gozo que el mundano, ca-
duco por sí mismo. Pero el siervo
fiel y prudente, guiado por la luz

del cielo, dirige sus pasos muy de
distinto modo. El negocio de su sa-
lud eterna, como el mas importante,
ocupa toda su atencion. Vive alta-
mente persuadido á que la sabiduría
de un cristiano consiste en conducir
bien este gran negocio. Verdad irre-
fragable, y que no puede negarse sin
contravenir abiertamente á las máxi-
mas fundamentales de la religion. Se-
gun ella, para el manejo de este gran-
de asunto se requiere la prudencia mas
exquisita.

Esta virtud cardinal, armonía de
la sociedad, sazón y complemento de
nuestras obras, maestra de nuestra vi-
da, fiel custodio de nuestra fe, estí-
mulo de nuestra esperanza, asilo en
nuestras aflicciones, alma en fin, ner-
vio y depósito de nuestra creencia,
consiste en ordenar bien los medios al
fin; unos medios, digo, no solo pro-
bables, sino seguros, y aun los mas
eficaces, y un fin digno de nosotros,
que pueda ser nuestro fin y deba ser-

lo. Tal es Dios, principio y fin de todas las cosas, primer móvil de nuestras acciones, objeto de nuestros desvelos, en quien nos movemos, vivimos y somos, y á quien debemos el sacrificio de nuestras obras, segun el idioma de san Pablo. Sobre esta basa sólida estriba el suntuoso edificio de nuestra religion, en ella se apoyan nuestras esperanzas, y por semejantes principios se han conducido en todo tiempo los héroes verdaderamente cristianos.

Entre otros que por su admirable prudencia ilustraron el mundo en el III y IV siglo de la Iglesia merece singular atencion el grande Antonio, padre de la vida eremítica, conductor de los hijos de Dios por el desierto, terror de las potestades aéreas é infernales, acérrimo defensor de la divinidad de Jesucristo contra Arrio, espejo de la sana moral del evangelio, y espectáculo digno de Dios, de los ángeles y de los hombres. San Atanasio, este ilustre panegirista de

su vida, le llama *prudentísimo*, comparándole á la abeja por su gran solitud en orden á su salud eterna. Baxo la misma idea nos le ofrece el evangelio, atento y vigilante en las largas estaciones de su vida, por la venida de su señor y juez. No será pues fuera de propósito discurrir yo sobre la misma materia, manifestándoos su admirable prudencia, que al paso que agradable á Dios y á los hombres, le hizo terrible fiscal de los mundanos. Hé aqui en dos palabras el asunto, digno verdaderamente de esta cátedra, de mi héroe, y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima.

Ave Maria.

Stultitiâ gaudium &c.

Para hacer mi proposicion sensible bastaria trasladar aqui algunas líneas

de la admirable vida de S. Antonio, que consagró san Atanasio con su pluma. Allí desde luego veriamos que Dios se dignó revelarle las sendas de la prudencia, para que conduxese con acierto y seguridad el negocio únicamente importante de su salud eterna. Lejos de Antonio esta prudencia carnal y mortífera, en que abundan los hijos del siglo, y en que se aventajan á los de la luz, segun el evangelio: lejos de Antonio, repito, esta abominable astucia que estudian los mundanos por principios para satisfacer su ambicion, saciar su avaricia, violar impunemente las leyes de la caridad cristiana, y los mas sagrados vínculos de la religion y de la sociedad.

Por muy diferentes sendas conduce á nuestro Antonio su prudencia. El honor de Dios, el bien de su alma y la de sus hermanos son el objeto de su solicitud. A este único fin dirige su celo, sus vigalias y conatos. Su

prudencia le dicta, que para conseguirlo debe antes triunfar del mundo, de sí mismo y del demonio. Para ponerse en estado de rebatir tan fuertes enemigos, concibe la generosa resolucion de huir al desierto para entregarse á Dios mas libremente. Bien presto vendió su rico patrimonio, y lo repartió entre los pobres, para colocar su tesoro en el cielo, donde libre de polillas, estuviese asimismo á cubierto de ladrones. Bien presto se desprende de los vínculos de la amistad, de la carne y de la sangre, como de estorbos y tropiezos peligrosos en la senda de la salud. Su prudencia le representa las dignidades, empleos y magistraturas del mundo como lazos en que perécen muchos incautamente aprisionados. Huye pues á la soledad á vivir en compañía de las fieras, y sepultándose vivo en las entrañas de la tierra, juzga por mas seguro el comercio con los irracionales, que el trato del

mundo y de sus habitantes.

Oculto en el desierto este nuevo morador del cielo, de quien el mundo no era digno, encerrado en aquellas grutas como inocente paloma en las cavidades de las peñas, para triunfar de sí mismo se entrega á un género de vida austera y mortificada. Víctima voluntaria de la penitencia, en un cuerpo extenuado, ofrecia á la vista un esqueleto vivo; y sabiendo (uso de las expresiones de un célebre orador de nuestro siglo), sabiendo que Paulo habia volado primero al desierto, haciendo de él escuela de caridad, templo de oracion, y teatro de penitencia, se dirige á él, poniendo todo su estudio en imitarle. Si yo tuviera la elocuencia del Nacianceno os representaria bien al grande Antonio buscando á Paulo con ansia por caminos difíciles hasta encontrarle. Las montañas mas ásperas y escarpadas se le representan como llanuras espaciosas, y hermosas campi-

ñas sembradas de flores. El amor de Dios, que no conoce obstáculos, que desprecia los peligros, que todo lo sufre con placer, el amor le conduxo á esta gruta venerable, depósito del precioso tesoro que buscaba.

Halla á Paulo. ¡Quién pudiera explicar los sentimientos de su alma! Mira esta luz del desierto próxima ya á extinguirse. Las fuerzas fugitivas de Paulo anuncian su último suspiro; y postrado Antonio humildemente á los pies de este prodigio, le escucha y se confunde: se le rinde como discípulo que viene á consultar á su maestro, ó como hijo que desea recibir documentos de su padre. Mas apenas posee tanto bien cuando le pierde. Muere Paulo; mas Antonio queda como otro Eliseo, enriquecido con el doble espíritu que le comunica este segundo Elias. Cubierto en fin, despues de haberle dado sepultura, de los vestidos de Paulo, vuelve Antonio á su amada soledad á dar

nuevos aumentos á su amor, y esfuerzos á su celo. de donde con sup. era
 En este gran teatro toleró crueles guerras y sangrientos combates, consiguiendo gloriosos triunfos y maravillosos despojos. La humildad, la oracion, las penitencias, las vigiliass fueron las armas victoriosas que le suministró su prudencia para triunfar de sus enemigos y conseguir su salvacion. Medios árduos, penosos y terribles, armas molestas y pesadas, que como opuestas á la comodidad pagana, desecha la prudencia del siglo. de y adora

¿Mas qué digo? gracias á la del nuestro no menos ilustrado que el de oro fingido por los poetas; pues á beneficios de sus grandes conocimientos, y á la luz de su escrupulosa crítica, con exquisita alquimia han logrado últimamente descubrir un nuevo mundo, una nueva religion, un evangelio nuevo de no se qué profeta, segun el cual nos es lícito hincar una rodilla á Dios, y otra á Baal, incen-

sar con una mano al Señor, y con otra á Leviatan, roto ya el muro de incompatibilidad entre Jesucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas. Obscuro siglo el del santo Abad, en el cual con equivocada prudencia se creia que la renuncia del mundo, la mortificacion de la carne, y las penitencias eran precepto riguroso de la ley evangélica, y no obra voluntaria, propia de las almas endebles y de genios visionarios. Si Antonio y los demas padres del yermo hubiesen vivido en nuestro siglo instruidos por los apóstoles de la sensualidad, hubieran conocido que las sentencias mas terminantes de los profetas contra los que retardan la penitencia, los oráculos de Jesucristo, que expresamente condenan las delicias mundanas, y prescriben la mortificacion, las palabras mas enérgicas de los evangelistas sobre negarse á sí mismos para abrazar la cruz del Salvador, la tradicion en fin y disciplina antigua de

la iglesia contra el luxo y vanidades del siglo, son amenazas puramente hijas de una política capciosa, extravagancias de una imaginacion recalentada, sueños pueriles ó terrores pánicos, segun el lenguaje de nuestros ilustrados.

Por mas fuerte que os parezca esta irónica invectiva, juzgo no podreis negarme son estas las máximas del siglo, si no admitidas por creencia y persuasion interior, recibidas á lo menos por práctica y por costumbre. Como es una prudencia ó probidad mundana lo que de ordinario anima y da giro al gran cuerpo de la sociedad: como regularmente la verdadera prudencia, que es la de la salud, ni se consulta ni se escucha, ni tiene parte en los negocios mas árdnos y peligrosos de los mundanos, conciben estos en orden á su salvacion ideas muy extrañas.

Si á imitacion de Antonio consultáramos la verdadera prudencia, ella

nos diria que entre nosotros mismos hay un mundo, del cual hemos solemnemente renunciado en el sacro bautismo, mundo réprobo, mundo por el cual no oró Jesucristo á su Eterno Padre, mundo en fin que hace profesion de resistir siempre al Espíritu Santo; ella nos diria que la renuncia de este mundo, la sujecion de las pasiones, la penitencia, la mortificacion de los sentidos, la negacion de sí mismos, son obras infaliblemente necesarias á todo el que desea salvarse y seguir á Jesucristo; ella nos diria que lo que los mundanos llaman pensar con elevacion y crítica, es las mas veces, propiamente hablando, discurrir con impiedad y con error; y que por el contrario lo que el mundo gradúa de poquedad y abatimiento suele ser de ordinario grandeza verdadera y esplendor; ella nos diria que no es lo mismo ser del mundo, y vivir en él, habitar en el mundo, y ser mundanos. Ella nos di-

ria que no es absolutamente necesaria huir de la sociedad, penetrar los desiertos de la Asia ó de la Tebaida, y encerrarse en la estrechez de un claustro, para avanzar el negocio de la salud. Estos son privilegios singulares concedidos por Dios á cierto número de almas generosas. Ella nos diria en fin, que aunque no todos pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni todos eremitas, pueden todos no obstante santificarse en el mundo, refiriendo á Dios como deben sus obras.

En el gran mundo, y en el manejo de los negocios, ilustraron la iglesia con excelentes virtudes los Gregorios, Ambrosios, Fernandos, Luises, Borromeos; pues al paso que los mundanos sepultados y como abismados en las cosas temporales, se emplean en ellas con abandono de los tesoros de las gracias y méritos con que podian ser enriquecidos, éstos y otros muchos héroes verdaderamente cristianos, do-

tados de prudencia evangélica, tomaron ideas superiores, y elevándose sobre la naturaleza misma, sin perder á Dios de vista entre los negocios y bullicio del siglo, dirigieron sus miras á la eternidad. Cuando el ambicioso emplea su política en adelantarse en las magistraturas del mundo, ó dignidades de la iglesia; y cuando el avariento se desvela por aumentar sus riquezas, el cristiano prudente, aunque solicite el establecimiento de su familia y el honor de su casa, aspira sin embargo á una gloria inmortal, encaminando á Dios sus pasos baxo la direccion de la ciencia de la salud. Pero como esta es casi desconocida en los grandes teatros, en las situaciones elevadas, en los templos honoríficos, donde todos solicitan sus propios intereses y no los de Jesucristo; de aqui proviene que los mas grandes maestros en la ciencia del mundo son de ordinario los menos hábiles en la prudencia de la salud.

Poderosos del siglo, sabios según la carne, aprended, os diré con Baruch, dónde está la verdadera prudencia, dónde el consejo, dónde la fuerza del entendimiento, antes que Dios confunda vuestra sabiduría, y repruebe vuestra prudencia, como lo tiene revelado. Entrad con la consideración en el desierto, donde el grande Antonio tiene establecida cátedra de la ciencia de la salud. Allí vereis un hombre afable con todos, y para con todos circunspecto, sin el fingimiento de una virtud estóica, ó de una hipocresía refinada; sin la dureza de un retiro silvestre, sin la extravagancia de captar aires populares, sin la de mantener reputación á expensas de un vulgo ignorante, sin el despotismo de una autoridad fantástica, sin la presunción de una elevación imaginaria, siendo superior á todos, viene á ser mas admirable por su moderación que por su grado. Aunque le visitan los obispos, y obispos co-

mo el grande Atanasio, aunque le escribían los emperadores, y emperadores como el gran Constantino; aunque todo el mundo le seguía, le aplaudía, pendia de su boca, veneraba sus consejos, los abrazaba como oráculos; aunque los mismos demonios, sus implacables enemigos, daban testimonio de su heroica virtud; aunque el mismo Dios le engrandecía con singulares favores é insignes milagros; aunque muchas gentes de todos estados, de todas condiciones y edades concurrían á él, diciéndole como á otro Macabeo, tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes; Antonio sin embargo en medio de tanta gloria conservó su ánimo sereno, sin que jamás le abatiesen las persecuciones, ni le hinchase la prosperidad.

Mas aunque el retiro hacia sus delicias, luego que le sugirió su prudencia debía sacrificar su reposo á beneficio de sus hermanos, animado del interés de la justicia, de la verdad y

de la causa de Dios, se presenta con rara humanidad á los tribunales á implorar la clemencia de los jueces á favor de los sentenciados al suplicio. La prudencia de la salud que le habia conducido al desierto para su propia santificacion, le hace salir de la soledad para edificacion del mundo. Desde el desierto marcha á Alexandría; y si hasta allí habia triunfado del demonio, de los filósofos y de la idolatría, aquí convence á los sabios, confunde á los hereges y tiranos. En el desierto instruye á sus discípulos por su exemplo, les enseña los caminos de la salud, arregla su fervor, y anima su celo; y en Alexandría combate el arrianismo, esta heregía famosa por sus impiedades. Triunfa de estos enemigos de la divinidad de Jesucristo, y quebranta la cabeza de esta hidra infernal.

Los maniqueós y los melecianos fueron asimismo despojos de su prudencia y de su sabiduría. San Atanasio

le propone como socorro de la iglesia en estas circunstancias dificiles, pues hecho todo para todos como otro Pablo, y deseando ser anatematizado por Cristo, empleó su larga vida á beneficio de la salud de las almas. Su renuncia del mundo, la eleccion de su estado, las pruebas de su fidelidad, la integridad de sus costumbres, la humildad de su corazon, la vigorosa defensa de su fe, las máximas de sana moral que estableció, la idea de Dios que hizo sensible á los impíos, la ciencia de la salud que enseñó á los pecadores, las luces que comunicó á los sabios, los oráculos que proveyó á los concilios, los golpes mortales que dió á las heregias, la pureza en fin y la ciencia evangélica con que ilustró á la iglesia, son otros tantos atributos de su piedad cristiana, que le adquirieron el epiteto de grande, y los mas sublimes elógios de los mayores oradores de todos los siglos.

“A imitacion de Atanasio y de Au-

»gustino, dice un sabio, todos los
 »santos doctores derramaron sobre el
 »túmulo de Antonio las flores mas
 »brillantes de su elocuencia. San Juan
 »Crisóstomo afirma, que las obras
 »de Antonio son contra los hereges
 »un argumento victorioso á favor de
 »la religion católica, porque secta
 »ninguna ha producido jamás hom-
 »bre con quien pueda compararse. Su
 »mérito, añade, es comparable al de
 »los apóstoles. San Gerónimo le llama
 »padre y gloria de la vida eremitica.
 »El Nacienceno compara la voz de
 »Antonio á un trueno, y su vida á un
 »relámpago, que ilustró y penetró
 »hasta la India, como testifica el
 »Damasceno. Antonio antes de morir,
 »dice el Crisólogo, parece estaba ya
 »libre del cuerpo corruptible, y que
 »habitaba en el cielo. S. Efrén le ve-
 »nera como uno de los principales de-
 »fensores de la fe de Nicea." Paso en
 silencio los debidos elógijs que le han
 consagrado en todos los siglos los pri-

meros sabios de cada uno. Ni me de-
 tendré á manifestaros que Antonio fue
 el modelo que se propusieron S. Hila-
 rion, S. Benito, S. Basilio, S. Romual-
 do, con los demás héroes de peniten-
 cia que santificaron los desiertos. Bas-
 te decir, que su prudencia le elevó al
 mas alto grado de heroísmo no solo en
 el mundo por su doctrina y por su
 exemplo, sino tambien en el cielo por
 su santidad y celo por la causa de
 Dios. Lo mas admirable es, que en
 medio de tanta reputacion ni fue en-
 vidioso ni envidiado. La generosidad
 de su espíritu, superior á toda baxe-
 za, no dió lugar á lo primero; ni
 fue envidiado, porque su gran mode-
 racion, junto con la excelencia de su
 mérito, no dió lugar á la envidia.
 Dios le concedió esta singularidad,
 para confusion de los héroes del si-
 glo, que con todas sus bellas calida-
 des jamás pudieron tocar tan alto
 grado de gloria.

Aqui es fuerza, señores, se confun-

da toda la prudencia humana y sabiduría del siglo, venerando los impenetrables juicios de Dios, que no eleva á los filósofos y doctores de la ley, que miran como necedad y escándalo el estudio de la salud, ni á los nobles, que se creen emparentados con los cuerpos celestes, mirando á los demás como sublunares ó mixtos de otra naturaleza inferior á la suya; ni á los ricos, que esclavos é idólatras de sus tesoros, pretenden adoraciones de todos, siendo en realidad unas divinidades como las que David pinta, insensibles troncos, sin movimiento ni vida; ni á los políticos artificiosos, que con los resortes de sus ocultas máquinas se lisonjean poder mover el mundo civil, como respecto del natural se gloriaba Arquímedes, ni á ninguna otra clase de poderosos, sino á un pobre humilde y retirado anacoreta, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne, como pondera dignamente el apóstol

tol y su fiel discípulo Augustino.

Antonio en efecto sepultado en las entrañas de la tierra es elevado hasta los cielos; y poderosos exáltados sobre los cedros del Líbano son deprimidos hasta el abismo. Antonio haciendo compañía á las fieras es útil á la iglesia y al estado; y los mundanos viviendo en grandes teatros y en el manejo de los negocios, son de ordinario la ruina de la república, y el escándalo del santuario. Antonio retirado al desierto, viene á ser célebre en Africa, en España, en Francia, en el Ilírico, y aun en la misma capital del mundo Roma, como afirma S. Atanasio; y los mundanos entregados al comercio del siglo, apenas son conocidos de todo un pueblo; y cuando á veces lo logran, mas es por lo notorio de sus vicios, que por el mérito de sus obras. Antonio recomendable á Dios y á los hombres, se humilla hasta el polvo de la tierra, al paso que los mundanos, desprecia-

bles al cielo y á la tierra, pretenden escalar las nubes. Antonio en fin lleva su moderacion hasta el sepulcro, para confusion de los mundanos, que pretenden que su ambicion y vanidad pasen mas allá de la bóveda.

Son notables las palabras con que el santo abad se despidió de sus monjes estando para morir. "Atended, »les dice, y meditad, y si algun cuidado y atencion os merezco, si »apreciais la memoria de vuestro padre, si quereis pagarme el afecto »que os profeso, ninguno lleve á »Egipto mis reliquias, ni menos ose »enterrar mi cuerpo con pompa y aparato; no sea que en mi funeral se »observen aquellos ritos que tanto en »vida he abominado. No por otra cosa he venido á visitaros. Cubrid con »la tierra el cuerpo de vuestro padre, y observad este mandato de »vuestro anciano; esto es, que nadie sino vosotros sepa donde está »mi túmulo." ¿Qué otra cosa fue es-

to que reprobó con prudencia los soberbios mausoleos de Egipto, la profusion de Alexandro de Macedonia en el funeral de su grande amigo Efestion, lo que es mas, la extravagante vanidad de algunos cristianos que hacen consistir toda su piedad en orden á los muertos en ciertas ceremonias exteriores, este débil consuelo de la humanidad, como S. Agustin se explica?

Hé aqui, señores, un breve rasgo del mérito de Antonio delante de Dios y de los hombres. Su prudencia le hizo desprenderse del mundo y de sí mismo, para estar siempre atento á la venida de su Señor. En el designio que tenia de salvarse, la prudencia encaminó sus pasos por las de la humildad, de la mortificacion, del amor de Dios y de sus próximos, de la vigilancia y moderacion cristiana, que son los caminos de la justificacion. Nosotros no debemos mirar con indiferencia tan raro exemplo de pruden-

cia y ciencia de la salud, único objeto de nuestra peregrinacion. Atendamos pues á la piedra de donde fuimos sacados; y si permanece aún en nosotros algun resto de fidelidad, como prudentes segun las máximas del evangelio, propongámonos á imitacion de Antonio, un fin digno de Dios, dirigiendo nuestros pasos á su mayor honra y gloria y aprovechamiento de las almas. Asi harémos cierta nuestra vocacion, y aunque despreciados del mundo, serémos amigos del Señor, y acreedores á sus dones. Trabajemos pues por adquirir esta prudencia, para recibir en esta vida como Antonio los frutos del Espíritu Santo, y poseer despues con él los bienes eternos. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA

*de los sermones contenidos en
este tercer tomo.*

Oracion <i>ad Fratres</i> en el capítulo provincial celebrado en Xerez de la Frontera año 1775. pág. 5.	
Sermon de la Huida á Egipto, predicado en Granada en el Septenario de S. Josef que se celebra en su Parroquia.	23.
Sermon de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, predicado en Viznar.	44.
Sermon de S. Eloy, predicado en las Descalzas de Granada á la Hermandad de los plateros.	69.
Sermon de Angustias gloriosas.	96.
Sermon de S. Miguel.	118.
Sermon de Rogativa por el feliz éxito de las armas católicas.	143.
Sermon del Alumbrado y Vela	

del Santísimo Sacramento.	195.
Elógió académico á la buena memoria del señor D. Fernando de Magallón.	223.
Sermon de S. Pedro de Arbués.	234.
Sermon de S. Antonio Abad.	254.

NOTA.

La idea del primer sermón, algunos periodos y materiales son tomados de un italiano anónimo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 CAPILLA ALFONSENA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Rollb. 67 MICROFILMADO 18/5/82



